Difusionistas

¿Qué condiciones deben darse para que florezca una civilización? ¿ Surgen estas por si solas o por el contrario son fruto de la interacción entre los saberes de diferentes culturas?

Sabemos que entre Eurasia y África ha existido comunicación directa desde los tiempos del Paleolítico. Los intercambios comerciales y culturales han permitido que los inventos, la tecnología e incluso las creencias filosóficas y religiosas circularan durante milenios por el Viejo Mundo.

La gran incógnita de esta cuestión es el continente americano, separado del resto del mundo terrestre por dos grandes océanos y dos fríos cascos polares.

Las civilizaciones de la América precolombina realizaron increíbles avances en cuestiones arquitectónicas , astronómicas, agrícolas y textiles. Cultivaban gran variedad de frutas y verduras empleando terrazas con muros de contención en zonas montañosas. Mediante enormes piedras cortadas a la perfección, construían edificaciones colosales con complejos diseños arquitectónicos. También empleaban ladrillos de paja y adobe para la construcción de viviendas de varios pisos en grandes ciudades con sistemas de canalización para las aguas. Tenían gran maestría en la confección de telas, cerámicas y objetos metálicos...

¿Consiguieron todos estos logros aislados del resto del planeta o por el contrario se produjeron intercambios con otras culturas? El debate derivado entorno a esta pregunta dio

origen a dos corrientes historicistas opuestas entre sí. Frente a la posición evolucionista que niega la posibilidad de contactos significativos anteriores al comienzo de la Edad Moderna, los difusionistas trataron de demostrar *(sin lograrlo de manera contundente)* que el desarrollo cultural en las civilizaciones americanas recibió cierto aporte llegado por vía marítima desde el Viejo Mundo.

La mentalidad profundamente religiosa de la Europa postmedieval afrontó los interrogantes derivados del descubrimiento del Nuevo Mundo con el raciocinio que le otorgaba su pensamiento devoto. La voluntad de Dios era causa de la llegada de los indios a estas tierras desconocidas y la respuesta a cualquier otra cuestión relativa. Su posible relación con el mito platónico de la Atlántida, o la creencia de que los indios eran descendientes de las diez tribus perdidas de Israel tienen su origen en este contexto.

Una nueva visión basada en argumentos científicos fue adquiriendo forma con el paso de los siglos. La teoría del poblamiento desde Asia es la más aceptada y razonable. Durante los milenios de la época glaciar, fue posible cruzar a pie la frontera entre América y Asia a través del Puente de Beringia. La afinidad genética de los amerindios con Asia oriental es una prueba contundente que respalda esta idea.

La subida del nivel del mar al finalizar la glaciación hace unos 10.000 años supone el aislamiento de los pueblos americanos. ¿Se desarrollaron estos a partir de entonces sin ningún tipo de contacto con el exterior?

Durante las últimas décadas la posición difusionista ha ido perdiendo fuelle y actualmente, la comunidad científica por lo general se muestra reacia ante la idea de posibles contactos transoceánicos en tiempos precolombinos.

A excepción del caso polinesio *(que aun suscita cierta polémica a pesar de estar cada vez más aceptado)* y del asentamiento vikingo en Terranova entorno al año 1000 DC, no está plenamente probado que haya habido otros casos. Se acepta que las capacidades marineras de algunas culturas pudo hacer posible que estos viajes tuvieran lugar, pero no hay nada definitivo al respecto.

Todo este asunto se ve además ensombrecido por el esoterismo delirante que suscita. El conocimiento de una historia secreta que desafía las versiones oficiales establecidas tiene un atractivo irresistible para el público en general. Teorías sobre extraterrestres, hiperbóreos venidos de la Antártida, o atlantes desterrados por el cataclismo se han formulado entre otras para explicar el origen de las civilizaciones americanas.

Se ha dicho que los troyanos exiliados tras la guerra contra los helenos fueron llevados hasta América por las corrientes marinas. También que el apóstol Santo Tomás predicó el evangelio entre los indios. La biblia de los Mormones publicada en el siglo XIX narra la historia del pueblo hebreo llegado a América en distintas oleadas desde los tiempos de la caída de Babel, siendo los indios descendientes de judíos huidos de Jerusalén por el Mar Rojo a los que Yahvé castigó tostándoles la piel. Joseph Smith tradujo los textos del *"egipcio reformado"* al inglés a partir de unas misteriosas planchas de oro que estaban enterradas en un cerro del estado de Nueva York.

Lamentablemente, estas planchas divinas, o al menos los textos originales, no están disponibles para verificar la autenticidad de esta joya de la literatura universal.

En *"La leyenda de los dioses blancos" (1964)* el escritor alemán Pierre Honoré plantea en formato de novela histórica la llegada de los navegantes cretenses a América *(entorno a los siglos XVIII – XV a.C.)* como el origen de los dioses civilizadores blancos y barbados que trajeron la cultura y la civilización al continente *(Quetzalcóatl, Kulkulkan, Viracocha…)*

Personaje particularmente espeluznante en la elaboración de teorías sobre el origen ario de los dioses civilizadores es el supremacista doctor Jacques de Mahieu. Nacido en Marsella en 1915, fue colaborador del régimen de Vichy, formó también parte del grupo ultra-derechista Action Française y posteriormente de la 33ª División de Granaderos SS Voluntarios Charlemagnen en las Waffen-SS. Tras la Segunda Guerra Mundial se exilia a la Argentina, donde es acogido por el régimen de Perón. Allí compagina sus labores universitarias con su militancia peronista, ultra-católica y neonazi.

Aunque el mito de los vikingos civilizadores en América del Sur tiene su origen en el XIX, Jacques de Mahieu es sin duda su principal artífice y difusor. Desde el rigor y la autoridad que le otorga su cátedra, diseña un complejo entramado de datos reales y falseados para construir los argumentos de su extraordinaria historia. Llama especialmente la atención su admiración por las cualidades de la raza aria, cuando él mismo no poseía precisamente la naturaleza ideal del hombre nórdico.

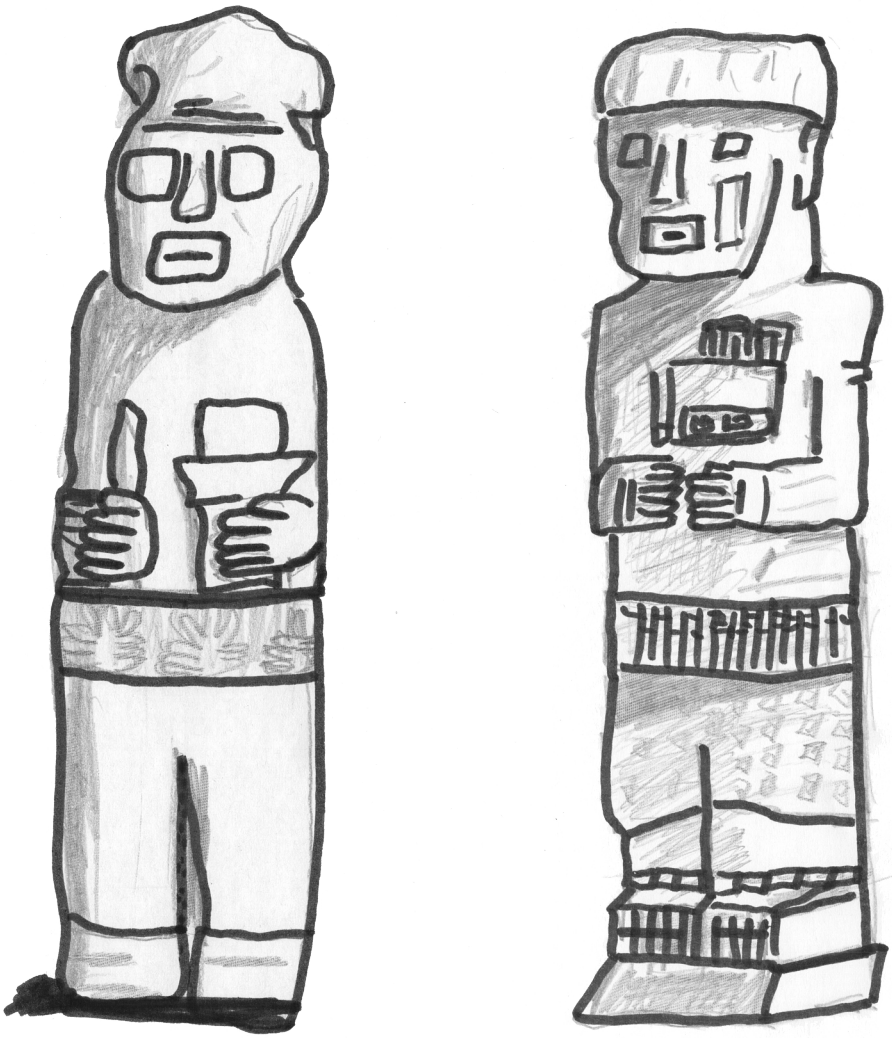
De Mahieur niega el rigor de las pruebas de radio-carbón en la datación de hallazgos arqueológicos para acomodar las fechas de los yacimientos al guion de su narrativa. De esta manera, establece que la ciudad de Tiahuanaco a orillas del Titicaca es fundada por los vikingos a su llegada en el siglo XI d.C , cuando es bien sabido que la historia de esta legendaria ciudad se remonta al siglo V a.C. siendo la cultura tiahuanaca una de las más longevas y duraderas de América del Sur.

Según de Mahieu, Tiahuanaco fue la capital de un basto imperio danés en las Américas que abarcaba desde las tierras altas de Colombia hasta la zona central de Chile, incluyendo gran parte de la selva amazónica y la costa atlántica. Evidente es que no se ha podido demostrar la existencia de semejante imperio, pero sorprende además que un grupo de vikingos medievales fuera capaz de *"civilizar"* a los habitantes de una región con una rica tradición milenaria. Más aun cuando los verdaderos yacimientos vikingos en Terranova, ponen de manifiesto el sencillo modo de vida que estos llevaban, sin haber repercutido considerablemente en la población india de América del Norte, donde no existen grandes civilizaciones.

Como es de esperar, Quetzalcóatl, Kukulkan y Viracocha no son para de Mahieur milenarias deidades con una compleja simbología religiosa, sino simplemente guerreros vikingos civilizadores. Atribuye el famoso motolito Fraile de Tiahuanaco a la representación de un clérigo medieval. Osa incluso decir que el mítico templo de Kalassasaya era una iglesia cristiana.

De Mahieur cuenta también que la huida de los tiahuanacos tras la derrota en la batalla de la Isla del Sol es el origen de los indios blancos de la selva. Estos olvidan su cultura y se

convierten en salvajes. Otros tantos se marchan en balsas por el Pacífico y llegan a la Isla de Pascua. Relaciona de esta manera sus teorías con las de Thor Heyerdahl, quien a pesar de no compartir las creencias de De Mahieur, también creía en la leyenda de los dioses blancos y barbados.



Monolito Fraile y Monolito Ponce de Tiahuanaco

En los tiempos de la Kon-Tiki y durante los años de la expedición a la Isla de Pascua, Heyerdahl pensaba que los tiahuanacos eran blancos, barbados y pelirrojos. Tomaba como evidencia el ya mencionado monolito Fraile así como algunos

otros rostros barbados de piedra esculpidos en el templo de Kalassasaya. También consideraba que el misterio de las momias pelirrojas y rubias del Perú tenía alguna relación.

Creía que el mito de Kon-Tiki Viracocha marchando por las aguas del Pacífico contenía la historia de la peregrinación de los viracochas a la Polinesia. Consideraba que estos eran los *"Orejas Largas"* de la Isla de Pascua, artífices de los colosales moais, que colocaban sobre las cabezas de las estatuas una enorme piedra roja porque ellos mismos tenían los cabellos rojos. Argumentaba que en los cuadernos de bitácora de Roggeveen y James Cook *(primeros europeos en visitar la isla)* estos describen a los aborígenes que encontraron como *"de tez clara"* o *"más parecidos a europeos que a indios"*. Los *"Orejas Largas"* habrían prácticamente desaparecido tras un dramático incendio provocado en el enfrentamiento contra los *"Orejas Cortas",* llegados a la isla en tiempos más recientes.

Todas estas leyendas sobre dioses blancos y barbados tienen su origen en las crónicas de la conquista española, según las cuales los primeros colonizadores eran recibidos por los indios como dioses que un día marcharon por el océano con la promesa de regresar. Así Hernán Cortés habría sido acogido por Moctezuma como si se tratara del mismísimo Quetzalcóalt y Pizarro y sus hombres eran llamados viracochas por los incas. Por ese motivo habrían sido capaces de hacerse con el poder rápidamente en estos complejos imperios con tan solo unos cientos de hombres armados.

Pero conviene poner en perspectiva estos relatos y el contexto en el que fueron escritos. Muchos autores han criticado este discurso por la tergiversación de los mitos y los términos

indígenas originales. Las deidades Quetzalcóatl, Viracocha, Kukulkan, etc.. fueron remodelados durante el proceso de evangelización que tuvo lugar tras la conquista. Podría decirse que los relatos de los cronistas se acomodan a la exaltación de las hazañas de los conquistadores con una cierta justificación divina en su proceder.

Se pone en duda, por ejemplo, si verdaderamente existió una profecía que anunciaba el retorno de Quetzalcóatl para el mismo año en que Hernán Cortés llegó a México. Mucho se ha debatido acerca del histórico encuentro entre Cortés y Moctezuma, y sobre si es cierto que Moctezuma creyó que Cortés era Quetzalcóatl, o si por el contrario esta fue una justificación de Cortés para validar la inmoralidad de sus actos.

Sobre Quezalcóatl escribe Fray Diego Durán que fue un apostol, Bartolomé de las Casas que era un hombre blanco y barbado, Torquemada añade que era rubio y trajo la agricultura y el conocimiento.. De este modo, el mito de la Serpiente Emplumada, cuyo origen se remonta al segundo milenio antes de Cristo, se transfigura con la finalidad de cristianizar a las deidades paganas.

De lo que no cabe ninguna duda es que no menos impresionados que los aztecas con la llegada de los españoles, quedaron estos ante la majestuosidad de Tenochtitlan, pues no existía en la Europa del siglo XVI una ciudad semejante...

El hecho de otorgarle a las deidades civilizadoras precolombinas un origen blanco y barbado ha sido muy criticado por sus implicaciones supremacistas y raciales, ya que en cierto sentido presupone una incapacidad entre los pueblos

de Mesoamérica y Sudamérica para alcanzar por sí mismos su elevado nivel de desarrollo. Más aun cuando esta idea ha sido empleada para legitimar la ocupación europea en América.

Se valoran además únicamente las rutas mediterráneas o norte-europeas como posible vía de entrada de la cultura en América, cuando perfectamente podría haber llegado también desde Asia Oriental, o incluso desde África.

A fin de cuentas, el origen primitivo de los amerindios es probadamente asiático, y la ruta marítima del Pacífico norte sería precisamente la más asequible en cuanto a distancia. Se da por probado que los marineros polinesios, en su inagotable avance hacia el este lograron alcanzar las costas americanas, por lo que no debería descartarse que este logro lo hubieran podido realizar otros pueblos asiáticos con una larga tradición en la navegación.

En defensa de los contactos transpacíficos, los trabajos del artista mexicano Miguel Covarrubias entorno a la década de los cuarenta del siglo pasado, son quizás los más relevantes y conocidos. Apoyándose en las teorías de Robert Heine-Geldern y Carl Schuster entre otros *(con quienes además mantuvo colaboración activa)*, realizó un concienzudo estudio comparativo entre el estilo artístico tradicional de América, Asia y Oceanía.

Covarrubias sostiene que tanto por los motivos como por la ornamentación, el arte indígena americano parece haber heredado una clara influencia cultural procedente del oriente asiático y las islas del Pacífico.

Argumenta entre otras cosas que los objetos artísticos del sur de Alaska y Columbia Británica son muy semejantes con respecto a los de las islas de la Melanesia. Valora también el culto al felino, el ave y la serpiente *(presente tanto en las culturas mesoamericanas como desde India hasta China)*, el uso de postes totémicos en vertical, la aparición de los mismos motivos mitológicos en diferentes lugares, la confección de figurillas humanas en cuclillas, el uso de ciertos símbolos, los diseños de textiles y bronces, los instrumentos musicales, la decoración de casas y canoas, la ornamentación con plumas...

El enfoque cosmopolita de Covarrubias, sin atender a ningún orden cronológico concreto, profundiza en la hipótesis de un mundo interconectado y hermanado por las artes. Plantea el difusionismo como un campo de estudio en proceso, sin plasmar conclusiones cerradas ni definitivas.

Esta visión no es bien recibida entre los americanistas en un momento en el que se reescribe la historia del continente desde una óptica nacionalista, que aboga por el evolucionismo como teoría más afín a sus intereses.

Desde la óptica *"aislacionista" (término empleado por el propio Covarrubias)*, la semejanza cultural no es tenida en cuenta como prueba científica y es valorada como una simple casualidad. Se entiende que las culturas alejadas o aisladas entre sí tienen desarrollos parecidos por una natural causa evolutiva.

La cuestión de la posible presencia del África negra en la América precolombina fue también motivo de diferentes publicaciones durante el siglo XX. Es escaso e inconsistente el

material al respecto, con la enorme dificultad de no poder discernir claramente si ciertos casos expuestos son consecuencia de la importación masiva de esclavos que tuvo lugar desde el siglo XVI en adelante, momento a partir del cual se pierde por completo la perspectiva del problema.

La corriente ecuatorial desde África occidental hasta las costas americanas fue precisamente la ruta de acceso para las naves europeas durante el primer siglo de la colonización. Este es también el camino que habrían de seguir los marineros del Mediterráneo en la Antigüedad en el caso de que hubieran sido capaces de navegar hasta América Central y Sudamérica. Existe por lo tanto la posibilidad de que las culturas africanas fueran asimismo capaces de cruzar el océano.

En las crónicas de Bartolomé de las Casas, Sarmiento de Gamboa, López de Gomara o Montesinos entre otros, encontramos claras alusiones sobre la presencia de *"indios negros como etíopes"*. Hay incluso algunas reflexiones acerca del posible origen africano de los mismos. El tema es abordado de manera secundaria y anecdótica, pero son numerosos los testimonios abarcando una amplia región geográfica.

Estos aparecen en la expansión de Núñez de Balboa hacia la costa del Pacífico *(Cuarecua, Panamá)*. También hay referencias durante el segundo viaje de Colón a su paso por La Española, en las orillas del Orinoco, incluso en California..

¿Procedían estos "indios negros" de África? Estos testimonios por si solos no constituyen una prueba consistente.

De entre las publicaciones que se realizaron el siglo pasado al respecto, es sin duda *"They Came Before Columbus: The African Presence in Ancient America"(1976)* del escritor guayanés Ivan Van Sertima el más popular. Este controvertido trabajo fue objeto de muy duras críticas y es tildado por una extensa opinión como pseudocientífico.

Ciertamente el autor durante algunos pasajes emplea un estilo novelado con numerosas aliteraciones en las que combina datos de fuentes originales con información emanada de sus propias reflexiones personales. Así por ejemplo, narra el épico viaje de Abubakari II con abundantes detalles, cuando la fuente original se reduce al breve discurso del Mansa Musa sobre su propia coronación registrado por el historiador egipcio Al-Umari.

Van Sertima imagina que Abubakari podría haber causado una impresión similar a la de Hernán Cortés con su llegada a México, siendo recibido como una reencarnación de Quetzalcóatl negro y barbado vestido con una túnica blanca.

Establece paralelismos entre la cultura mesoamericana y la tradición mandinga, donde el culto a la Serpiente Emplumada también se practica. Quetzalcóatl es para Sertima muy similar al dios africano Dasiri, ambos asociados a un árbol-altar. El ritual de autoflajelación es también común, así como la festividad de comienzo de año, el zodiaco de trece casas, el simbolismo mágico del número trece…

Pero Sertima va más lejos aun en el tiempo y sostiene que la presencia del África negra en América se remonta a la época de los egipcios. En la línea de Cheikh Anta Diop, reivindica la negritud de la cultura egipcia.

Kemet es la palabra con la que los egipcios se definían a sí mismos. Su traducción literal es *"país negro"*. La egiptología clásica sostiene que Kemet es una alusión al color oscuro de los limos que fertilizaban los campos de la rivera del Nilo durante la época de las crecidas. Diop afirma que el verdadero significado de Kemet es *"país de los negros"*.

Para Diop, los orígenes del antiguo Egipto se encuentran arraigados en el África negra. Considera que es una civilización puramente africana por todos los elementos que la constituyen *(cosmovisión, arte, arquitectura, costumbres, estilismo…)* Argumenta que en las estatuas y pinturas de los templos, los egipcios se representan a sí mismos como personas negras, y que en los escritos de los historiadores griegos son descritos como tales.

Con el paso de los siglos, las invasiones mediterráneas habrían dado lugar al mestizaje en el Delta del Nilo, pero la esencia del Egipto original se conservaba aguas arriba..

El contexto en el que se desarrolla la corriente afrocentrista de Sertima y Diop hay que situarlo en un momento de autoafirmación de la cultura africana, en paralelo a los acontecimientos que condujeron a la independencia de nuevos países oprimidos por siglos de esclavitud y colonización, a la par de los movimientos por la igualdad de derechos en EEUU.

Estos autores pretenden recuperar la historia usurpada de su raza por la versión eurocéntrica imperante. Quizás por ese motivo, dispuestos a la confrontación académica, su discurso

conduce a la exaltación del África negra, con el orgullo de quien ha sufrido una dolorosa humillación.

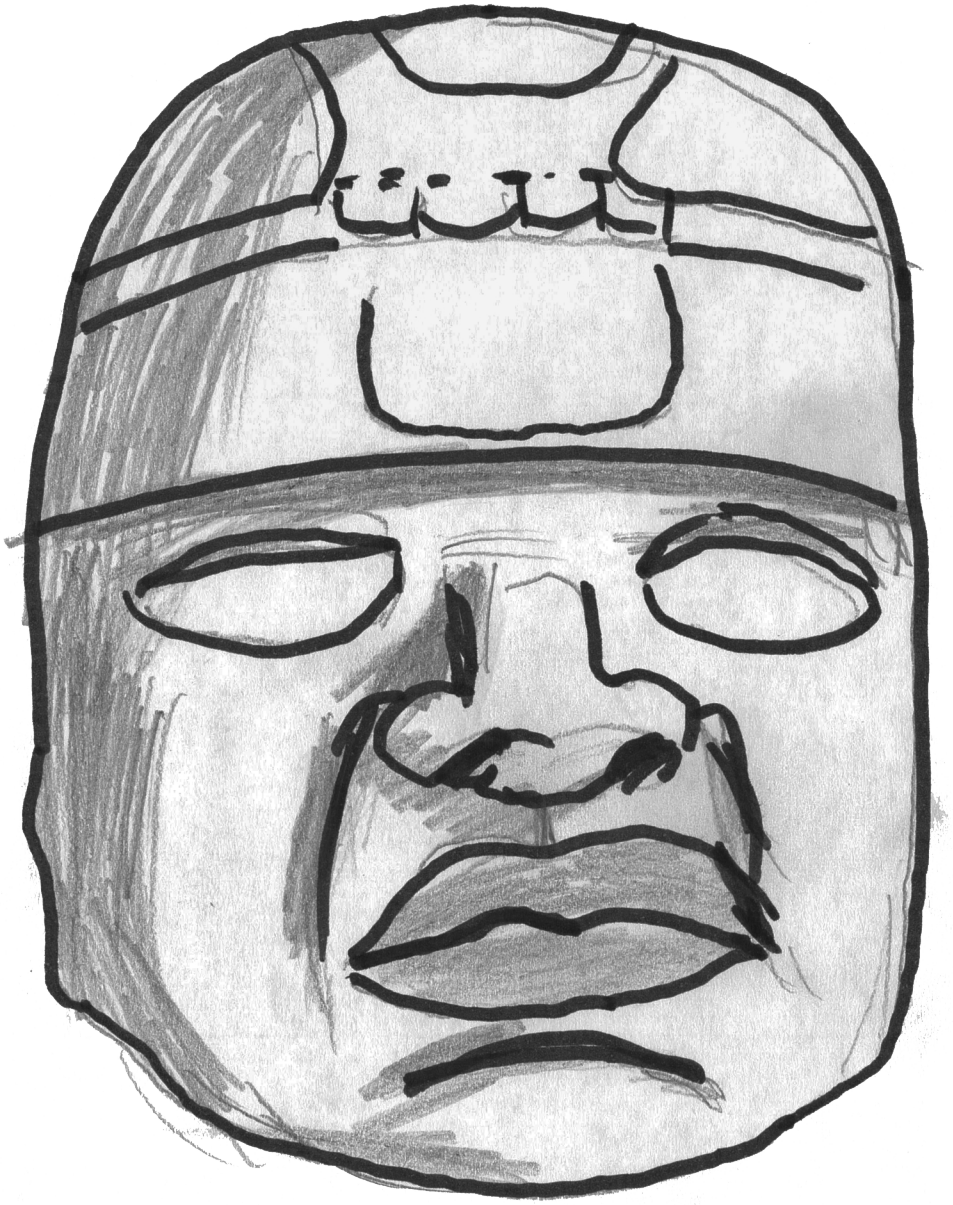
Van Sertima dedica en su libro un par de capítulos a la historia de Egipto, haciendo especial hincapié en la Dinastía XXV, la de los faraones negros del reino de Kush. Después expone las conexiones que encuentra entre la cultura egipcia y los olmecas de México, que fueron considerados como la primera gran civilización de Mesoamérica a partir de la cual se desarrollaron las que vinieron después.

El hallazgo de las cabezas colosales de Tres Zapotes y La Venta *(Veracruz, México)*, supuso el punto de partida en el estudio de lo que se denominó como cultura olmeca *(no se conoce el nombre que empleaban ellos para autodefinirse, si es que lo hacían)*. Cada una de las diecisiete cabezas encontradas tiene su propia personalidad. No solo sus rostros, también sus cascos, son diferentes. Miden cerca de tres metros de altura y están esculpidos en basalto.

Algunas de ellas tienen facciones que les conceden la apariencia de poderosos guerreros negros, lo que llevó en origen a valorar la posibilidad de que existiera presencia africana entre los olmecas.

Pero estas enormes estatuas no son el único caso. *"Unexpected faces in Ancient America" (1975)* de Alexander Von Wutheau recopila una desconcertante colección fotográfica del patrimonio artístico precolombino. Especialmente entre las figuras olmecas las representaciones con rasgos negroides son muy numerosas. También abundan los rostros barbados con

apariencia babilónica o mediterránea y los personajes de aspecto oriental..



Colosal cabeza olmeca

Al respecto de este asunto, la ciencia actual descarta mayoritariamente la presencia africana o asiática en la América precolombina, ya que no se han encontrado evidencias en el ADN de las muestras analizadas ni hallazgos arqueológicos que

la justifiquen. Se asocia esta idea a las antiguas teorías sobre las tribus perdidas de Israel y hay quien incluso ha planteado la modificación craneofacial en los bebés olmecas como posible explicación de su parecido con los africanos.

Las similitudes entre Egipto y Mesopotamia con respecto a las civilizaciones americanas ha sido un argumento recurrente entre difusionistas como Sertima o Heyerdahl entre muchos otros, sin que se hayan podido demostrar conexiones reales. El culto al sol, los conocimientos astronómicos, geométricos y arquitectónicos y la creación de sistemas de escritura son comunes entre las diferentes civilizaciones que se han dedicado a la construcción de pirámides.

Las primeras pirámides egipcias eran escalonadas, al igual que las mesoamericanas y los zigurat babilónicos. Se pensaba que en América carecían de función sepulcral hasta el hallazgo de una cripta funeraria secreta en la pirámide Maya de Palenque en el año 52. Es común en la construcción de estos monumentos su orientación cardinal, a veces con fenómenos especiales en los días de los solsticios o equinoccios. En el templo de Kukulkan de Chichén Itzá por ejemplo, durante los atardeceres de los días equinocciales, un efecto óptico genera la proyección de una serpiente ondulante sobre una escalinata.

En cuanto a la cuestión del embalsamamiento de cadáveres, verdaderamente son las momias chilenas de la cultura chinchorro las más antiguas. Algunas de ellas alcanzan los siete mil años de edad.

La ausencia de la rueda en la América precolombina fue frecuentemente considerada como evidencia de su atraso

cultural desde una perspectiva peyorativa. Pero el hallazgo de pequeños juguetes rodantes en yacimientos olmecas indican que estos eran conocedores del invento. Actualmente se considera que quizás su uso para desplazar cargas pesadas fue desestimado por la naturaleza escarpada y pantanosa de los territorios donde se desarrollaron las grandes civilizaciones, o por no contar con animales apropiados para tirar de los carros.

No se han podido explicar de manera satisfactoria otras cuestiones como son la domesticación del algodón y el dominio de las técnicas para su uso textil común al Nuevo y al Viejo Mundo desde hace miles de años, o el cultivo de la calabaza vinatera, con presencia milenaria tanto en África como en América..

El hábito de fumar está también presente en ambos mundos. Sertima compara los diseños de las pipas americanas y africanas estableciendo un parecido bastante razonable. La etimología de la palabra española *"tabaco"* es motivo de controversia, ya que podría derivar del término haitiano *"tobago" (empleado por los indios según las crónicas de los viajes de Colón, no para nombrar a la planta sino al cigarro o la pipa que usaban para fumarla..)*, como del árabe *"Tubbaq"* cuyo origen se remonta al siglo IX para designar a distintas hierbas medicinales que eran quemadas y que producían mareos.

Leo Wiener en los años veinte del siglo pasado argumentó que el parecido entre estas y otras palabras se debía a una influencia musulmana-africana en la América precolombina, pero sin duda fue demasiado lejos al afirmar que el hábito de fumar, así como el cultivo del tabaco, la mandioca y otras plantas americanas son en realidad de origen africano.

Asunto ciertamente desconcertante con respecto al tabaco es el hallazgo de nicotina en autopsias realizadas a distintas momias egipcias. Sucedió por primera vez el año 76 en la momia de Ramses II, donde además de tabaco apareció un parásito coleóptero de la planta. La explicación más razonable fue que en alguna de las muchas restauraciones no documentadas realizadas al cadáver se hubieran introducido hojas de tabaco picado en el tórax para su conservación.

Pero en el año 92, la Doctora toxicóloga-forense Svetla Balabanova realizó nuevos análisis en los cadáveres de Henut Taui y otras momias conservadas en el Museo de Antigüedades Egipcias de Munich que dieron positivo no solo en nicotina, sino también en cocaína. Tras comprobar la autenticidad de las momias, las posibles explicaciones que se dieron a este fenómeno fueron la contaminación por exposición directa a las sustancias en tiempos recientes, o bien que estos principios activos procediesen de otras plantas africanas o asiáticas presentes en la Antigüedad.

Aceptar la importación del tabaco o la coca desde América supondría la existencia de un comercio intercontinental transoceánico, altamente improbable desde la perspectiva científica actual.

Desde el escepticismo, la posición aislacionista imperante se basa fundamentalmente en el hecho de que una teoría ha de ser demostrada con pruebas sólidas que cuenten del necesario rigor científico. Y así es como tiene que ser para que un planteamiento se de por probado.

Muchos autores difusionistas *(sobretodo los llamados hiperdifusionistas)* han sido quizás demasiado pretenciosos al querer demostrar historias muy complejas y elaboradas a partir de materiales escasos e inconsistentes.

En muchos casos la motivación de estos trabajos se ha basado en la exacerbación de las proezas que unas culturas o razas pudieron realizar sobre otras. Este enfoque es sin duda un error y genera desconfianza, más aun cuando en ocasiones ciertas pruebas aportadas han resultado ser un fraude o de dudosa procedencia *(monedas o espadas romanas, textos hebreos grabados en piedras, etc..)*

Tampoco ayuda el trasfondo religioso que tubo la cuestión durante los primeros siglos del descubrimiento, ya que en cuanto se menciona el tema o algún indicio que pueda removerlo la respuesta científica generalizada suele ser muy reacia, precisamente por tratar de contener las fantasías que desatan este tipo de contenidos, seguramente bastante perjudiciales para quienes dedican sus esfuerzos al trabajo concienzudamente científico.

Pero por otro lado, cuando aparece cualquier indicio que apunta a una realidad diferente, se abre una ventana fascinante a la que es imposible no querer asomarse. No siempre puede haber respuestas coherentes para todas las preguntas y es inevitable que queden cabos sueltos. La historia no es una ciencia exacta y no es posible demostrar todas las cosas que han sucedido en el pasado.

Donde la ciencia no puede llegar la imaginación se dispara. Este es el terreno de lo misterioso, de lo legendario.